

Las mujeres en el drama de la Pasión

POR FRAY JUSTO PÉREZ DE URBEL



A historia es cosa de hombres. Las mujeres sólo de cuando en cuando aparecen en el primer plano, aunque con mucha frecuencia, por no decir casi siempre, sean ellas las que mueven los hilos detrás del telón. La historia de la Pasión de Cristo no es una excepción. En ella, junto al Señor, son hombres los principales actores, y ¡qué acción más lamentable la suya! ¡Qué falta de sinceridad, de valor, de grandeza! ¡Qué contraste entre la magnanimidad, el heroísmo, la divina actitud del Paciente y la repugnante conducta de todos los personajes llamados por el destino a intervenir en aquel suceso central de los siglos! Todos ellos actúan agitados por la pasión, y se nos presentan como el prototipo, como la personificación de las pasiones, que inspiran las páginas más sombrías de los anales del mundo. Anás, es la política fría y sin alma; Caifás, la hipocresía; Pilato, la cobardía; Herodes, la curiosidad frívola y supersticiosa; Judas, la traición; Pedro, la flaqueza más vergonzosa. Y luego allí están los Apóstoles, que huyen; los testigos, que se contradicen; los soldados, los verdugos, los ladrones... Apenas se salva más que el Cirineo, que lleva la Cruz de Jesús, más

que por propio impulso, porque se lo imponen los legionarios.

Pero en aquel drama sombrío aparecen también las mujeres, aunque sólo sea de una manera incidental, y aparecen siempre para poner un poco de luz entre las sombras del crimen. Ellas tienen no sé qué secreta simpatía por el procesado, y en medio del general abandono tienen también la valentía de exteriorizarla. Es la intuición femenina la que sabe descubrir allí la verdad. Ella no entiende de normas jurídicas, no sabe las declaraciones de los testigos, pero acierta a descubrir el verdadero sentido del juicio que se ventila.

CLAUDIA PROCULA

Allí está la mujer del gobernador. Aparece en uno de los instantes críticos del proceso; mejor dicho, no aparece siquiera, se contenta con dar a conocer lo que piensa para influir sobre el juez. Este acaba de imaginar la salida del indulto. Cree que podrá imponer el nombre de Jesús; pero frente a él los sanedritas lanzan el de un facineroso bien conocido por sus fechorías. Todavía pone su esperanza en el pueblo, libre de ambición y de envidia. ¿Cómo iba a preferir a Barra-